

PRÓLOGO A *ESO QUE LLAMAN ESTADO*

Francisco Elías de Tejada

Con la certera intuición con la que los carlistas suelen ser hombres concretos, Rafael Gamba resume en su vida y en su obra la plenitud histórica del Valle del Roncal, su patria de origen. Es raíz que hiende piedras, piedras aristadas en geografía de gigantes. Sus reacciones políticas, sus actitudes intelectuales, parecen traducir en la vida y en los libros aquella dimensión de su Navarra, siempre segura de sí misma en la continuidad de una historia felizmente interpretada.

Por eso la palabra de Rafael Gamba es palabra de Tradición, en identidad que seduce a quien le conozca en su persona o a quien le lea en sus escritos. Si Navarra pudiera ser reducida a un hombre de letras, quizá nadie como él encarnaría la manera histórica de los suyos. Pocas veces se habrá dado una tan cordial fusión entre el espíritu tradicional de unas gentes y las páginas impresas de un libro.

De ahí también la firmeza intelectual, que es otro de los caracteres de Rafael Gamba. Yo le conocí hace ya muchos años, al filo de la postguerra, cuando de la mano benemérita y paternal de don Máximo Palomar del Val nos reuníamos en comunión de fe carlista en la «Academia Mella», hito de tantas ilusiones y cuna de tantas realidades. Era un muchacho en agraz, estudiante entonces, alférez todavía, que acababa de serlo de requetés en la guerra recién terminada. Era ya lector de muchos libros y conocedor de muchas cosas; pero sobre todo, delataba para entonces, al vuelo de cualquier frase rasgada, esa certidumbre de los hombres que aciertan a manejar la cultura circundante al servicio de la verdad que les empapa el corazón.

La marcha de su vida, bien acompasada de lecturas, corrobora en madurez lo que entonces era evidentísima promesa. Sus estudios históricos y filosóficos han arrojado mucha luz para mostrar que el Carlismo, lejos de mezquina

disputa dinástica, se remonta desde sus comienzos a entera concepción del mundo, derivada de la idea de la Cristianidad que la Europa convivente y laica quiso deshacer. Sus análisis de la monarquía tradicional han servido para aquilatar el sentido social con que el tradicionalismo hispánico reconstruiría las sociedades vivas, aquellas que asesinaron de consuno liberales y totalitarios.

Une Rafael Gamba a tales dotes y a tantos logros profunda atención por las palpitaciones de la extraña cultura europea. Sigue al día la crisis de la Europa en quiebra, y sabe clavar en las hendiduras del terreno resquebrajado los puñales de la verdad tradicional y eterna.

El presente libro es secuela de esa actitud de observador de Europa, visto desde atalayas del pensamiento tradicional hispánico. La unidad de los distintos temas viene sólida precisamente desde la unidad de los puntos de mira del autor. Las páginas que siguen son la crítica serena con que un hombre de las Españas sigue el giro del pensamiento europeo, oteando sus quiebras y sacando consecuencias en función de los valores de nuestra tradición.

Las tres partes del libro ayúntanse así en granítica trabazón lógica. En «Las Ideas y los Hechos» busca las raíces de la crisis política contemporánea, ahondando en los motivos filosóficos que la presiden. Mérito suyo fue ver, entre los primeros en verlo, cómo el totalitarismo nacionalista de hitlerismos y fascismos era producto de la crisis signada por el existencialismo ambiente, así como mostrar se daba las manos con el marxismo, pese a provenir éste de los postulados mismos de donde nació el racionalismo democrático. Los dos constantes errores básicos en que el hombre sin cesar cae, el irracionalismo desesperado y el racionalismo desesperante, advienen a idénticas conclusiones, presentadas por Rafael Gamba con el vigor de un pensamiento verdaderamente magistral.

La segunda parte, consagrada a señalar la dinámica del poder desenfrenado, que constituye una de las enfermedades del siglo, es rosario de verdades políticamente entrañablemente nuestras, vistas al socaire de las fracturas del orgulloso espíritu europeo. No tiene desperdicio las observaciones tocantes a los errores positivistas de ese Charles Maurras, tan

caro a determinados círculos hoy entre nosotros casi omnipotentes; ni las indagaciones sobre el paralelo de la ética actual con las mudanzas sociales, ni las que señalan la raíz de ese desbordamiento del poder estatal en la crisis de costumbres y de estabilidad en la sociedad moderna, ni el repudio del nacionalismo de hoy frente al verdadero patriotismo, ni el aquilatamiento de qué sea el federalismo tradicional en contraste con los varios federalismos que dan en otro de los sarampiones del momento.

Colofón sagaz, la tercera parte trae a nuestro mundo presente lo que fue construido antes. Son sin precio los juicios sobre el nuevo liberalismo, que nos quiere seguir europeizando al estilo de Ortega, o acerca de las dos Españas con que un grupo de liberales de hoy sueñan con cloroformizar a las Españas tradicionales. Estos dos últimos estudios están sin duda destinados a entrar entre los mejores planteamientos actuales de una política cultural tradicionalista.

Causas muchas hay, pues, para que yo me sienta ufano de que Rafael Gambra quisiera vinieran unas frases mías a abrir este libro verdaderamente oportuno, certera expresión del Carlismo en el pensamiento contemporáneo. Diré más: del Carlismo áspero y seguro, bronco y profundo, que ha sido la forma incomparable que la tradición de España asumió entre las breñas augustas de Navarra. Un localismo que no impide el estudio ni el saber, sino que da al estudio y al saber ese estilo denso e inconfundible que resplandece en la obra de Rafael Gambra.

Este libro parece escrito desde su casa solariega de Roncal por el hidalgo que perpetúa un solar con méritos de sabiduría. Rafael Gambra nos muestra así, y ante todo, cómo los carlistas podemos acercarnos a las polémicas literarias o filosóficas utilizando el tesoro de nuestra continuidad política. Al lado de las lecciones concretas de este libro entre tantas y tantas cuestiones importantes, es esa la gran lección que nos da siempre su autor a todos cuantos nos honramos con haber sido, lo mismo que él, inmovibles en medio de tantas mudanzas como estamos presenciando en ese grupo de intelectuales que son hoy liberales por la misma razón por la que eran hitlerianos pocos años atrás: por el prurito de no ser, a secas, españoles.